

EL ANARQUISMO FILOSÓFICO O EL MOVIMIENTO SOCIAL ANARQUISTA

“La organización del trabajo, aparte de sus objetivos económicos inmediatos —defensa del salario y lucha contra las reacciones capitalistas—, es la síntesis, en sus variados aspectos y en sus múltiples actividades, de los principios políticos e ideológicos que llevan al terreno de la lucha social sus lógicos e inevitables antagonismos. Los anarquistas no queremos evitar ese choque de opiniones; queremos, sí, crear un medio propio de influencia en el movimiento obrero, una tendencia sindical que sea la viva representación de nuestras ideas y el arma de lucha para combatir, no sólo al capitalismo y al Estado contemporáneos, sino también a los capitalisms y Estados en embrión: la teoría marxista y sus diversas manifestaciones autoritarias, tanto en el terreno de la política electoral como en el campo sindical.”



EDICIONES FORA

www.fora-ait.com.ar / foracf@fora-ait.com.ar

EMILIO LÓPEZ ARANGO

Extraído de “El anarquismo en el movimiento obrero”
Emilio López Arango - Diego Abad de Santillán
Ediciones “Cosmos”
Barcelona
1925

Edita: Sociedad de Resistencia de Oficios Varios Rosario
(FORA - AIT) para **EDICIONES FORA**
oficiosvariosrosario@fora-ait.com.ar

Lo que interesa es discutir si los sindicatos, como arma de defensa del proletariado, pueden ofrecer un amplio campo de acción a los anarquistas. Nosotros sostenemos que sí, y al afirmar esto nos atenemos a la experiencia de nuestro movimiento. Dentro de los cuadros de la F.O.R.A. la propaganda del anarquismo se desarrolla sin ningún impedimento. Y esa es una conquista más importante que todas las que se puedan realizar fuera de la esfera proletaria, en ambientes poco propicios a la difusión de ideas redentoras.

Si el anarquismo no tiene en el movimiento obrero una de sus formas más lógicas de expresión —la base principal de su actividad revolucionaria— ¿sobre qué base podemos propiciar el triunfo de la revolución y de la anarquía? Malatesta considera que los sindicatos pueden ejercer una función reformista, pero que no sirven como elementos de capacitación ideológica del proletariado. Sostiene también la necesidad del sindicalismo para hacer frente a la burguesía, recomendando a los anarquistas que aporten sus energías a esa acción defensiva de la clase trabajadora. Nosotros en cambio, sin atribuir a los sindicatos funciones post-revolucionarias, ni empeñarnos en improvisar organizaciones económicas que suplan a los órganos capitalistas después de la liquidación del régimen presente, entendemos que el sindicato ofrece a los anarquistas un excelente medio para propagar sus ideas y oponerlas a las tendencias autoritarias que prevalecen en el movimiento obrero, de la mayoría de los países.

El tema se presta a muchas otras consideraciones. Pero las dejaremos para mejor ocasión, puesto que este artículo se hace ya demasiado extenso.

Emilio López Arango

(Del Suplemento semanal de La Protesta. 13 de julio de 1925.)

EL ANARQUISMO FILOSÓFICO O EL MOVIMIENTO SOCIAL ANARQUISTA

Cuando la religión era una potencia incontrastable y su dominio sobre los espíritus era absoluto, las clases privilegiadas se esforzaron por fundamentar teóricamente en ella la razón de ser de sus privilegios y de sus usurpaciones. Luego vino el predominio intelectual de las ciencias naturales y los sabios de la ciencia oficial tuvieron la preocupación de deducir de sus estudios argumentos a favor del mantenimiento de la sociedad de la desigualdad y de la esclavitud del gran número a costa de la abundancia y la libertad mal comprendida de unos pocos.

También en el movimiento revolucionario, hombres como Kropotkin hicieron hábiles esfuerzos para demostrar que el anarquismo y los sentimientos de solidaridad y de apoyo mutuo son fenómenos naturales; las mismas ciencias que servían a unos sabios para fortificar la fe en las viejas creencias del pasado sirvieron a Kropotkin para quebrantar esa fe y echar las bases teóricas de un mundo mejor.

En todo eso, primero es la acción, primero es el hecho; luego, la justificación de lo acontecido. En casi toda nuestra vida tropezamos con la misma tendencia. Obramos más bien biológica que racionalmente, pero, después de haber obrado, no nos conformamos sin elevar nuestra acción a teoría. Ya hemos dicho que casi todos nosotros nos hemos adherido al anarquismo antes de haber comprobado minuciosamente sus bases científicas y la exactitud de sus postulados; esa comprobación suele venir después de la adhesión. Al contrario, es posible la convicción de la exactitud de las reivindicaciones libertarias sin adhesión efectiva al movimiento anarquista.

De esos hechos indudablemente reales podríamos deducir estas consecuencias:

Primera. Que no debemos olvidar la tendencia casi natural a elevar a teoría o, al menos, a justificar nuestra acción o nuestras predilecciones; del hecho de actuar en pro del anarquismo dentro del movimiento obrero o en grupos de afinidad resultan concepciones teóricas y tácticas que no siempre armonizan y que con frecuencia pueden chocar

tanto más violentamente cuanto más absolutos queramos ser en nuestras conclusiones particulares.

Segunda. Que el movimiento anarquista no es una mera doctrina filosófica o una secta de espíritus escogidos que propagan un decálogo social descubierto en el cuarto de estudio de un pensador.

Esta última afirmación la encontramos corrientemente en Kropotkin, uno de los anarquistas cuyos conocimientos científicos han sido generalmente reconocidos. Pero es, puede decirse, la opinión de casi todos los pensadores y propagandistas dentro de nuestro movimiento. Véase, por ejemplo, lo que decía últimamente Malatesta: *"El anarquismo, en su génesis, en sus aspiraciones, en sus métodos de lucha no tiene ninguna alianza necesaria con ningún sistema filosófico. El anarquismo ha nacido de la rebelión moral contra las injusticias sociales."* ("Pensiero e Volontá", Año II, Nro. 7 - pág. 154, Roma)

Aceptamos plenamente esa afirmación que hace derivar el anarquismo, no de la filosofía o del pensamiento puro, sino de la vida real, donde los hombres sufren las injusticias sociales y buscan espontáneamente un remedio. No ignoramos, ni dejamos de apreciar en todo su valor lo significado por el pensador y el filósofo en los orígenes históricos del anarquismo como movimiento social de las grandes masas; gracias a ellos se ha acelerado un proceso natural de clarificación y de concreción ideológica; muchas aspiraciones, vagas aun, se precisaron y se definieron mucho más rápidamente por la intervención de algunas personalidades de grandes valores intelectuales de lo que lo habrían hecho abandonadas a las fuerzas colectivas indecisas y lentas. Tampoco queremos significar que la labor de los pensadores y de los filósofos no tenga en el anarquismo un magnífico campo de acción propulsiva; sería desviar sofisticadamente nuestro punto de vista. Lo que afirmamos es que nuestro movimiento no es obra artificial de una secta revolucionaria o de un círculo de estudios sociales, sino fruto natural de la vida esclavizada y oprimida.

Pero si todos estamos de acuerdo en admitir el origen natural, espontáneo, popular del anarquismo, no lo estamos cuando en el transcurso del tiempo, tras un largo periodo de grupos de propaganda, queremos dar a esos grupos, sin darnos cuenta, el monopolio de las ideas, olvidándonos de hecho de la fuente real de nuestro movimiento.

Esa misma acción defensiva la realizan los partidos políticos en la esfera parlamentaria, dando a la reforma su verdadera expresión. Y el *anarquismo político*, aun cuando prescinda del parlamento y repudie la acción reformista de los grupos electorales no hace otra cosa que propiciar esos cambios en las condiciones económicas del pueblo cuando interviene en protestas contra la carestía de la vida o inicia una agitación popular tendiente a poner freno a la explotación del capitalismo.

He ahí la relación que existe en el terreno económico, entre la acción sindical y la propaganda anarquista que se inspira en mejoramientos transitorios. Todo depende, pues, de la forma en que esa lucha sea llevada a cabo. Los anarquistas que militan en los sindicatos, si saben obrar como tales y ejercen una influencia efectiva sobre sus camaradas de trabajo (¿también será perniciosa esa dictadura moral?) pueden impedir que muchas huelgas se solucionen en las oficinas gubernamentales y en las antecámaras de los ministerios. Y esa sola labor, con ser de relativa importancia contribuye a combatir la fe en la legalidad y el culto a la política, que son los verdaderos fundamentos del reformismo.

Toda la propaganda revolucionaria hecha en un período no revolucionario, se inspira en propósitos inmediatos, que bien se pueden incluir en cualquier programa de reformas sociales. Pero lo que nos interesa a nosotros no es el objeto que persigue el proletariado con sus protestas y con sus acciones, pacíficas o violentas, sino la forma en que expresa su descontento contra las injusticias y los crímenes del capitalismo y el Estado y los medios de que se vale para asegurar sus propias conquistas. ¿No es absurdo pretender restablecer una equivalencia de actuaciones entre el político que aspira a la reforma del régimen social mediante leyes protectoras, y el anarquista que propicia una huelga para conquistar una mejora que contradice la legislación más avanzada y está en oposición a los planes del reformismo parlamentario? Mientras la revolución social no sea un hecho los trabajadores se verán obligados a defenderse del capitalismo mediante sus armas específicas de lucha: la huelga, el sabotaje, el boicot, etcétera. Será esa una labor reformista, fácilmente aprovechable para los partidos políticos avanzados, pero la cuestión reside en impedir que los sindicatos legislen sobre el trabajo, legalizando esa reforma, que no otra cosa es lo que persiguen los defensores de la fórmula: "todo el poder a los sindicatos" y los marxistas disfrazados con la etiqueta "anarcosindicalista".

Al obrar así, Malatesta y Fabbri se reconcilian con su propio pensamiento. No podían seguir sosteniéndose en la posición contradictoria, de una falsedad evidente, que mantuvieron en los últimos años. Si propiciaban la neutralidad doctrinaria en los sindicatos y la unidad de clase como medio para hacer posible toda acción de conjunto contra la burguesía, no era lógico que al mismo tiempo apoyaran a la Unión Sindical Italiana, producto de la escisión, como entidad proletaria opuesta a la C. G. T., que además de contar en su seno con la mayoría de los trabajadores organizados representa el papel de campo neutral abierto a todas las tendencias... a condición de que las no oficiales acepten el programa de la camarilla dirigente.

En realidad, es el *anarquismo político* el que propicia la conjunción de esos dos términos antitéticos "anarcosindicalismo", que nada expresan como doctrina, pese a los esfuerzos de ciertos teorizadores de la ambigüedad. ¿Acaso necesitamos nosotros unir esas dos palabras para calificar nuestra conducta de militantes y exponer la orientación del movimiento que impulsamos dentro del conjunto proletario? No sostenemos el equivoco de los que son anarquistas en el partido o en el grupo y sindicalistas en el sindicato. De la misma manera que rechazamos las subdivisiones que especifican una especialidad de la propaganda: la de los antimilitaristas, de los racionalistas, de los anti-alcoholistas, de los vegetarianos, de los esperantistas, etc., etc., y creemos que el anarquismo es uno solo en toda la infinita variedad de actividades revolucionarias, así combatimos la caprichosa división de los anarquistas en el campo económico y en el terreno político. Y no damos valor al alegato de los que, para justificar su especialidad declaran que las demás especialidades son erróneas o peligrosos semilleros de corrupción.

Se nos dice que el sindicato es por su naturaleza reformista. Pero es necesario explicar el alcance de esa palabra. La conquista de mejoras económicas, la diaria lucha contra el capitalismo, la resistencia a los abusos del poder, ¿es labor de reformistas? ¿Supone el deseo de conquistar algo que quede definitivamente consagrado por las leyes, en oposición a futuras conquistas? En la esfera del salario, toda conquista es transitoria, perecedera, puesto que está sujeta a contingencias económicas que no puede regular el mismo capitalista. En consecuencia, no hay reforma legal, sino modificación constante en el valor de los medios de cambio y en la equivalencia del trabajo que el obrero realiza, cuyo trabajo mide la burguesía con su cartabón económico.

Y aunque nunca es recomendable hacer del pensamiento un oficio, podría admitirse la razón de ser de las dos corrientes que podemos descubrir en el anarquismo desde el punto de vista de sus tácticas frente al movimiento obrero: la tendencia del anarquismo filosófico o político y la que considera al anarquismo como un movimiento social histórico, o sea la corriente de los grupos ideológicos de propaganda y la de las masas populares que reconocen la anarquía como objetivo de sus luchas. La disidencia que surge y que ocasionalmente puede ser perjudicial para el anarquismo, entre esas dos manifestaciones de una misma aspiración, se debe, en primer lugar, a la pretensión de una o de otra de querer hacer prevalecer su método y sus puntos de vistas como superiores, negando a la otra corriente eficacia, legitimidad y verdadero valor revolucionario.

* * *

En tanto que idea, la anarquía data de tiempos inmemoriales; se descubre en varios filósofos griegos y, anteriormente, se puede perseguir a través de la Edad Media y de los tiempos modernos; también tuvo infinidad de manifestaciones activas en el curso de la historia en las revueltas incesantes de los pueblos. Pero como movimiento social consciente, el anarquismo es contemporáneo, podría decirse; aún existen en cada país camaradas que asistieron a su nacimiento. Diríamos que fue en la época de Bakunin cuando el anarquismo adquirió las formas modernas de movimiento popular consciente. Fue en los países latinos donde el movimiento obrero aceptó desde el principio una orientación revolucionaria y se declaró anarquista; no porque el anarquismo fuera propuesto por Bakunin, sino porque esas ideas respondían al estado mental de esos pueblos y tenían ya una cierta base en las experiencias vividas y en las tradiciones del país. Cuando el movimiento obrero despertó allí como fuerza consciente, fue revolucionario aceptó ideas y tácticas revolucionarias. Y para los primeros internacionalistas latinos hubiera sido incomprensible el pensamiento de una organización obrera divorciada de las ideas revolucionarias o de las ideas revolucionarias divorciadas de la organización correspondiente. Por eso, en España era usual en las filas proletarias y en la prensa obrera esta fórmula: *"En religión somos ateos,*

en economía, colectivistas y en política, anarquistas". También en Italia se adoptaba por la Internacional el ateísmo, el federalismo y el anarquismo como finalidad de las luchas y aspiraciones del movimiento obrero. Queremos transcribir algunos párrafos de la declaración de principios que sirvió de base de la propaganda y de la acción revolucionaria de la Internacional italiana, aprobada en el Congreso de Bolonia en marzo de 1873; decían así nuestros precursores:

"Considerando que todo idealismo político y religioso se traduce prácticamente en opresión y monopolio; que, teóricamente, Dios es un absurdo y sirve siempre en la práctica de consagración y de pretexto para todas las tiranías y para todas las explotaciones del hombre por el hombre, el Congreso se declara ateo y materialista.

Considerando que todo Estado, aun el más popular, basado en el sufragio universal más amplio contiene en si la idea y el hecho de la dominación, y tiene por resultado la esclavitud de las multitudes populares sacrificadas a una minoría gubernativa cualquiera; siendo Estado y dominación, esclavitud y miseria popular términos inseparables; que la libertad y el bienestar de las multitudes populares exigen como la forma de organización posible la libre y espontánea asociación de abajo a arriba y las federaciones de las libres asociaciones o comunas, aconsejadas por su propio interés, por sus simpatías y aspiraciones; debiendo sustituir en todo y por todo la administración autónoma de los intereses de las multitudes obreras al gobierno político. El Congreso se declara anarquista federalista y reconoce que las masas no deben sufrir más la autoridad de jefes oficiales o llamados revolucionarios..."

En ese fragmento de la resolución de un Congreso obrero tenemos dos afirmaciones terminantes que el sindicalismo posterior no se atrevió a hacer por temor a perder miembros: el ateísmo y el anarquismo. Para nosotros, que estamos en el mismo plano de esos internacionalistas de la primera hora, no deja de tener sus dificultades la comprensión de un movimiento obrero puro, es decir, de un movimiento obrero que no tiene ningún objetivo de sus luchas, ni siquiera la emancipación de los fantasmas divinos que dominaron la mentalidad humana durante tantos milenios o la abolición de un Estado que se reconoce instintivamente como causa de desigualdad y de guerra del hombre contra el hombre.

evitar el quebrantamiento de la unidad de clase—, sino porque en los sindicatos hemos visto un medio eficaz de propaganda y la práctica de las luchas diarias nos demuestra que no es posible capacitar al proletariado desde un plano situado al margen o por encima del mismo proletariado. El anarcosindicalismo pretende ser una teoría revolucionaria situada entre el reformismo sindical y el anarquismo doctrinarista. Toma del primero los medios de acción, directos o indirectos según los casos, se apropia de sus prácticas corporativistas, de sus fórmulas económicas, conformándose con adornarse con las palabras del segundo, tanto más sugestivas cuanto más empíricas sean. Y el "Compuesto" resulta una verdadera ensalada rusa: algo que tiene apariencias apetitosas, pero que a la postre resulta difícil de digerir.

* * *

Podrá alegar Malatesta, y con él todos los defensores del *anarquismo político* —de las organizaciones específicas, al margen del movimiento obrero y en oposición a los partidos electorales— que la aceptación del rótulo anarquista en los sindicatos supone el embanderamiento en una tendencia exclusivista y que por ser tal rechaza a los que previamente no acaten su programa. Pero esa imposición, que por otra parte se manifiesta en todos los órdenes de la actividad humana, a pesar de nuestras prédicas libertarias, no ejerce en el movimiento obrero funciones violentas. Nosotros no forzamos a los obreros de un oficio o de una industria, por el hecho de tener idénticos intereses como asalariados, a plegarse a nuestras organizaciones. Preferimos prescindir del vínculo de clase para unir a los trabajadores de acuerdo con sus ideas. De ahí que propiciemos la división de las corporaciones improvisadas sobre bases económicas y sometidas a una rígida disciplina, organizando en su lugar tantos movimientos obreros como tendencias dividen al proletariado.

No hay nada más absurdo que la unidad de clase, propiciada por los partidos políticos para consolidar su propio poder sobre los trabajadores. Sin participar de esos propósitos, por una falsa interpretación del movimiento obrero —según nuestro modo de ver— Malatesta y Fabbri propician también esa unidad, y, para dar el ejemplo, comienzan por renunciar a toda propaganda que responda a fines escisionistas.

organizaciones económicas que Malatesta y otros compañeros consideran como campo neutral en la lucha de tendencias que dividen al proletariado.

De esta interpretación del movimiento obrero, particularmente sostenida por nosotros en este país, deduce Malatesta que nuestra oposición al *anarquismo político* —de partido o de centro cultural— se inspira en el punto de vista anarcosindicalista. Y he ahí precisamente su error.

El anarcosindicalismo, aun aceptado como una conjunción de las tendencias anarquistas y sindicalistas, es un producto híbrido de este período confuso. Disfraza ese compuesto gramatical, la vieja tendencia reformista aplicada al movimiento obrero, y es, en cierto modo el fruto de la predica de los defensores de la neutralidad ideológica en los sindicatos. Y, sin que esto sea una ofensa para el viejo maestro, declaramos que Malatesta como Fabbri —el teórico de la unidad de clases y de la prescindencia doctrinaria en el movimiento obrero— está más cerca que nosotros del anarcosindicalismo.

Las palabras no tienen el mismo valor de expresión en todas partes, máxime cuando se trata de rótulos agregados como una novedad a viejas teorías. En Alemania, por ejemplo, el anarcosindicalismo constituye una forma de expresión nueva: es, según Rocker, el sustantivo de la tendencia revolucionaria, lindante con el anarquismo, difundida después de la guerra en los medios obreros para oponer nuevas tácticas de lucha y nuevas conclusiones teóricas a la social-democracia y buscar, en consecuencia, el medio de provocar la quiebra de las organizaciones centrales del proletariado alemán. Pero en los países latinos, de tradición libertaria y federalista, donde la palabra anarquía no causa espanto a nadie, ¿qué necesidad hay de emplear esa etiqueta ambigua? Definidos teóricamente el anarquismo y el sindicalismo, su unión no es posible ni en las palabras. De ahí que únicamente interese a los partidarios de la neutralidad doctrinaria, a los sindicalistas llamados apolíticos y a los que desenvuelven sus actividades en dos planos distintos: en los sindicatos, como asalariados, y en los partidos, como adeptos de una determinada creencia social o política.

Nosotros, como ya hemos dicho, estamos muy lejos de esa tendencia que ahora rotulan anarcosindicalista. Hemos definido nuestra propia situación en el movimiento obrero, no porque eso nos imponga nuestra condición de trabajadores —por el vínculo económico que señala Fabbri como imprescindible para asegurar el éxito de las organizaciones proletarias y

Cuando el anarquismo, ese movimiento espontáneo de los oprimidos y explotados hacia la libertad, dispuso de un vasto conjunto de ideas filosóficas y morales; cuando las aspiraciones populares hacia la libertad fueron discutidas en los libros, nació la idea de que las masas carentes de instrucción no podían comprender ese bello ideal de futuro y se trató de apartarlas de él. Lo mismo pasó también con el ateísmo: hubo durante buen número de años vacilaciones para propagarlo abiertamente en las organizaciones obreras, y aun hoy, lo que podríamos llamar sindicalismo clásico, no se atreve a proclamarse ateo, sosteniendo que el movimiento obrero, por su heterogeneidad, debe respetar todas las ideas y creencias, es decir: sosteniendo que el movimiento obrero no ha nacido, naturalmente, para la revolución, sino, a lo sumo, para negociar con los capitalistas en pro de mejores condiciones de salario y más corta jornada de trabajo.

El movimiento obrero reformista es una degeneración del moderno movimiento obrero, que tuvo en todas partes una significación revolucionaria, en Inglaterra, en Francia, etc. Tan solo cuando se hizo dos cosas, organización obrera y revolución, del todo primitivo, vimos el fenómeno del movimiento obrero sirviendo para todos los fines imaginables.

Nosotros debemos volver por los fueros de la concepción primitiva, que asociaba la revolución a los movimientos populares; si no conseguimos atraer a la ruta natural todo el mundo del trabajo recojamos la parte que no ha perdido la noción de la significación de las luchas proletarias actuales y obremos como minoría obrera organizada. De esa manera mantendremos mucho más el contacto con las grandes masas, aun las adversas a nuestras ideas o las extraviadas por los demagogos y los explotadores de los anhelos revolucionarios y los sentimientos de solidaridad de los explotados y los oprimidos, que si subimos a la torre de la filosofía y pretendemos influir desde allí en la vida real.

Todo el socialismo moderno ha reconocido la finalidad anarquista de la revolución social que encarna el movimiento de los trabajadores. El propio Marx, el propio Engels, Lenin, todos los grandes socialistas autoritarios han condenado el Estado y reconocido que el porvenir pertenece a la anarquía, que nuestros esfuerzos revolucionarios deben converger hacia la anarquía y no hacia la fortificación del Estado en el porvenir. Recién, en los últimos años, siguiendo un proceso de descom-

posición iniciado ya mucho antes de la guerra mundial, se trata de reaccionar contra ese pensamiento y esa es una prueba del abandono de los últimos restos de socialismo en nuestros antiguos hermanos de armas, los autoritarios, que eran autoritarios por inspirar al mismo objetivo que nosotros por medio de la autoridad, no porque quisieran el establecimiento de una nueva sociedad con amos y esclavos, con explotadores y explotados.

Decir que las grandes masas no están en situación de comprender las reivindicaciones de la anarquía es un subterfugio más bien que un argumento para librar el movimiento obrero de nuestra influencia, pues, aparte de ser el anarquismo algo inherente a la historia misma, no tiene en sus postulados más que reivindicaciones accesibles a todas las inteligencias, en cualquier grado de cultura en que se encuentren, aunque, naturalmente, como para todo progreso, es preferible el hombre en cierto nivel mental, por ser capaz de deducir más consecuencias y de ampliar la significación de las ideas de libertad y de igualdad, viendo en ellas más motivos de atracción.

* * *

Se dice también que los pueblos son materialistas, que no conocen las grandes idealidades, que no se mueven en pos de "abstracciones". Pero ahí está la historia religiosa y en ella no se puede negar que grandes masas humanas han hecho los sacrificios más grandes, incluso el de la vida, por ilusiones que les parecían contener la suprema verdad y el supremo bien. No están lejanos aún los tiempos en que la ilusión de la república hizo correr ríos de sangre proletaria, derramada en la creencia de luchar por un mundo mejor. Aquellos mismos que presentan la panacea de la papeleta electoral a las masas, sostienen que las multitudes semianalfabetas no son capaces de comprender la filosofía anarquista, que se resume en postulados tan sencillos como el de la sustitución del Estado por las libres federaciones de los trabajadores libres. Podría decirse todo lo contrario, que el idealismo histórico de los pueblos ha sido demasiado grande y que su preocupación por las cosas materiales y concretas fue excesivamente pequeña.

APÉNDICE

SINDICALISMO Y ANARQUISMO

Traducido de *Pensiero e Volontá*, de Roma, se publicó en estas mismas columnas un artículo del compañero Malatesta que trata de la relación que, en la teoría y en los hechos, pueda existir dentro el anarquismo y el sindicalismo. El referido camarada plantea una cuestión de contrasentido entre esos dos términos, explica a su modo la función del movimiento obrero y la actividad de los anarquistas fuera y dentro de los sindicatos y, en una nota final, sutiliza sobre palabras que dice haber recogido de *La Protesta*.

El artículo de Malatesta generaliza sobre un problema aun no suficientemente discutido y aclarado. Expone su punto de vista que nos merece el mayor de los respetos, a pesar de no compartirlo, ofreciéndonos algunas sugerencias que nos apresuramos a recoger con la intención única de esbozar a la vez nuestra tesis sobre el mismo asunto. Pero la nota que agregé al final de su artículo el compañero Malatesta, nos obliga a aclarar el valor de algunas palabras que posiblemente tengan distinto sentido en Italia y en la Argentina, ya que ciertos términos muy en boga ahora se prestan a frecuentes y lamentables confusiones.

Cuando nosotros nos referimos a la labor culturalista del *anarquismo político*, no queremos decir que las organizaciones anarquistas específicas (como la italiana y, la francesa, por ejemplo) se limiten a realizar propaganda por medio del libro, el folleto y el periódico, o a conquistar prosélitos dando conferencias en los centros de estudios sociales, ateneos, etc. Tampoco incurrimos en el error de atribuir a esos militantes la intención de esperar capacitar antes a todos los obreros para que la revolución social sea posible. Señalamos, sí, la existencia de un movimiento cultural diluido en el ambiente, impreciso en sus formas de actividad con tendencia a abarcar a todo el conjunto humano con los ideales redentores. Y como no creemos en la eficacia de ese medio, que por su misma imprecisión pasa desapercibido para los mismos trabajadores, oponemos la propaganda sistemática en los sindicatos y el objetivo anarquista en las

nuestras ideas: la Argentina. Y cuando se nos demuestre que "nuestro" anarquismo difiere esencialmente del verdadero anarquismo o cuando se nos revelen de una manera convincente las desviaciones en que haya incurrido el movimiento de la Argentina en el curso de su larga historia, entonces dejaremos de prestigiar la fusión de los anarquistas con las organizaciones proletarias que respondan a su ideal. Pero lo cierto es que el apartamiento de los anarquistas del movimiento obrero obedece a una leyenda antisindical infundada, pues el hecho de oponerse a la doctrina y a los métodos sindicalistas no debe suponer el rechazo de todo el movimiento obrero.

Nosotros no experimentamos la menor coacción, como anarquistas, en el mundo del trabajo orientado hacia el anarquismo e inspirado por él. No hacemos la menor violencia a nuestro pensamiento por el hecho de reconocer un movimiento sindical afín, y cuando se nos intenta aplicar la crítica aplicada justamente al sindicalismo por parte de los anarquistas, nos vemos obligados a reaccionar en defensa de nuestro movimiento y en defensa de la anarquía, y el estudio de los hechos nos lleva a la convicción de que en la resistencia de los anarquistas europeos a la admisión del movimiento sindical hay ciertos dogmas y ciertas afirmaciones que no resisten el menor examen atento.

Despojémonos de viejos prejuicios y seamos, en último caso, lo suficiente tolerantes para estudiar desapasionadamente la labor de los países en que el anarquismo está ligado inseparablemente al movimiento obrero y de aquellos otros en donde el anarquismo constituye una escuela filosófica o política especial, divorciada del mundo del trabajo, aunque se esfuerce por trabar contacto con él. Que sea la experimentación y la práctica la que decida en última instancia. Pero el empeño de los adversarios o indiferentes frente al movimiento sindical de hacer pasar por imposible un movimiento obrero anarquista, queriendo monopolizar en los pequeños grupos de propaganda la verdadera representación del anarquismo, hace el juego a los politicantes del obrerismo.

Las palabras libertad, fraternidad, igualdad son abstractas para quienes ven el mundo a través de abstracciones; para los hombres sencillos, que no han sido envenenados o perturbados por las divagaciones filosóficas, esas palabras tienen un sentido concreto, palpable, podría decirse, nacido directamente de su situación y de sus aspiraciones instintivas.

No hay, tampoco, que olvidar que los movimientos revolucionarios no van a remolque de las teorías filosóficas o científicas; es todo lo contrario lo que se aproxima más a la verdad. Las masas que se adhirieron al movimiento cristiano primitivo estaban, en relación a los teólogos del cristianismo, como las que se adhieren a las ideas anarquistas en relación con los filósofos y pensadores anarquistas. Incluso puede suceder que se tome un nombre como bandera, sin que eso signifique conocer a fondo las ideas de ese nombre simbólico. ¡Cuántas luchas han tenido lugar en los últimos cincuenta años entre marxistas y bakuninistas, y, sin embargo, cuan poco se ha leído a Marx y a Bakunin! Es que tanto individual como colectivamente, pero más colectiva que individualmente, se siente una tendencia a forjar símbolos que concretan nuestros deseos y aspiraciones, y la humanidad se mueve tras esos símbolos creados por ella misma como tras los más concretos de los programas. Para el cristiano era la cruz todo el resumen de sus anhelos emancipadores; la bandera roja ha sido también un símbolo más elocuente para las grandes masas que los libros mejor escritos. No esperemos que nuestra revolución, la revolución social de los oprimidos y los explotados, haya de diferir sustancialmente en su desenvolvimiento de las revoluciones anteriores. El mismo mecanismo psicológico que ha producido los grandes movimientos históricos de las masas pondrá en acción las fuerzas colectivas que han de destruir el fetiche estatal y todas las instituciones del privilegio y construir el nuevo orden social de libres y de iguales.

* * *

Pasemos a examinar la posición de un camarada que disfruta de una merecida influencia en el movimiento anarquista, por ejemplo Malatesta, en lo que se refiere a la cuestión del anarquismo en el movimiento obrero. Entre su afirmación del origen popular espontáneo

de nuestro movimiento y su acción práctica nos parece descubrir un cierto antagonismo. Y es que ha elevado a teoría la acción propagandista desde los grupos de afinidad fundados al desaparecer la vieja Internacional a causa de las formidables persecuciones de que fue objeto en todos los países y otras razones que no vamos a investigar aquí. Los grupos de afinidad de los anarquistas han tenido su razón de ser en su tiempo como sistema de organización de los militantes, pero su cristalización marca una línea divisoria entre nuestras ideas y la fuente madre de donde éstas surgieron.

El anarquismo, como partido político revolucionario, se ve privado de su fuerza principal y de sus elementos vitales; el anarquismo es un movimiento social que adquirirá tanto mayor poder de acción y de propaganda cuanto más íntimamente quede en el medio ambiente nativo. Ahí están los ejemplos de Inglaterra, de Estados Unidos, de Italia misma. En Inglaterra, campo de acción de hombres tan extraordinarios como Kropotkin, el anarquismo no fue más que un movimiento intelectual, sin eco en las masas proletarias; cuando faltó el inspirador directo de la influencia en ciertos círculos escogidos, todo desapareció. En Estados Unidos, campo de acción de propagandistas de la talla de Johann Most, de Emma Goldman y otros, sucedió lo mismo; se quiso propagar el anarquismo como se propagaría cualquier credo político y no pudo penetrar en las masas obreras. En lugar de despertar el anarquismo latente en el proletariado oprimido, y fortificarlo, acelerando su desenvolvimiento, se quiso predicar un anarquismo filosófico de arriba a abajo, y cuando por una causa o por otra los inspiradores de esa propaganda dejaron de hallarse presentes entre los adeptos ganados para el nuevo pensamiento revolucionario, las apariencias de movimiento desaparecieron con una rapidez asombrosa. Y si tomáramos el ejemplo de Italia vemos una cosa: que el socialismo moderno nació allí anarquista; el legalitarismo apenas era conocido en los primeros tiempos. Cuando nuestros camaradas tuvieron en sus manos la propaganda internacionalista, se puede decir que no había más movimiento revolucionario que el encarnado por su acción y su propaganda. Intervinieron las persecuciones, los destierros y por consiguiente un forzoso divorcio con las masas trabajadoras italianas. Fue entonces cuando el socialismo autoritario aprovechó la oportunidad para ir sentando sus reales sobre el campo que dejaron libre los anarquistas de la primera hora. Según nuestra opinión, si los

las falsas creencias clasistas y oponiendo nuestra fuerza organizada a los partidos que van creando en el movimiento obrero el pedestal de la tiranía que toma el nombre del proletariado.

He ahí por que nosotros propiciamos la lucha contra las tendencias marxistas dominantes en los Sindicatos y por que oponemos al corporativismo clasista —a la unidad obrera— lo que se lo que se dio en llamar divisionismo.

* * *

Creemos que en el anarquismo no se volverá a renovar la vieja polémica entre organizadores y antiorganizadores. Pero la polémica actual gira y debe girar en torno a la forma de organización, a la naturaleza misma de la organización anarquista. Malatesta reconoce justamente *que "el movimiento obrero es ahora un hecho imponente universal y combatirlo sería hacerse cómplice de los opresores, como ignorarlo sería ponerse fuera de la vida popular y condenarse a la impotencia perpetua"*. Partiendo de esa apreciación, común a casi la totalidad de los anarquistas, viene la cuestión de saber como debemos comportarnos para poder decir nuestra palabra en ese hecho imponente universal y el problema está en decidirse por las organizaciones obreras anarquistas o por los grupos de propaganda cultural. Nosotros, que defendemos la primera forma, consideramos que no hay una división real entre problemas económicos y sociales, políticos, culturales, etc., y, por consiguiente, no hacemos del Sindicato un órgano puramente "económico", con lo cual advertimos hasta un cierto punto la superfluidad de los grupos de afinidad para la propaganda. Eso no quiere decir que neguemos derecho a la existencia a esos grupos, pero, contra su pretensión de monopolizar la representación del anarquismo, no podemos menos de protestar. La experiencia nos ha demostrado que el movimiento obrero es un guardián más fiel de nuestras ideas que los grupos de iniciados del credo anarquista y, además, el campo proletario es más fecundo que ningún otro para el pensamiento libertario. Si las críticas al movimiento sindicalista quieren aplicarse a todo el movimiento obrero, incluso al que es obra de los anarquistas y tiene el anarquismo como ideal y como guía para el presente, ofrecemos a la crítica la experiencia del país que tomamos como inspirador de

valor de la propaganda puramente teórica, cultural, definidora de ideas, creemos que debemos entregarnos con más decisión a la crítica de las tendencias adversas y oponer una corriente efectiva en el movimiento obrero a los políticos y politicantes que hacen de los Sindicatos el pedestal de fáciles conquistas. ¿Qué importancia puede tener la opinión anarquista si se empeña en ignorar el valor de la organización proletaria y se empeña en mantenerse al margen de las grandes agitaciones populares? ¿Acaso es posible orientar a las masas colocándonos fuera de su órbita de acción o por encima de ellas?

Se dirá que hoy, la mayoría de los anarquistas acepta en principio su participación en el movimiento obrero. Pero muchos compañeros organizadores, además de aceptar circunstancialmente ese medio de lucha, bajan a los sindicatos a hacer teoría. Pretenden oficiar de maestros, pero sin comprenderse de las características de sus discípulos. De ahí que reduzcan su acción a seguir las agitaciones y los impulsos de la masa obrera, sin oponer a las corrientes que predominan en los sindicatos el cauce de una nueva idealidad.

No es posible ganar a los trabajadores para las ideas anarquistas empleando el método de la neutralidad ideológica y de la no beligerancia en las luchas internas del movimiento obrero. En el movimiento obrero se reflejan todas las tendencias políticas; religiosas y filosóficas. El asalariado busca en los Sindicatos el vínculo del interés común, pero, a la postre, se ve obligado a oponer a esa comunidad de intereses su particular interpretación de los móviles de todas sus luchas. Por eso los socialistas subordinan las organizaciones obreras a sus partidos, los católicos transforman en anexos de la sacristía las corporaciones imbuidas de su espíritu y los anarquistas tienden a concentrar en una organización propia los núcleos obreros capacitados para la lucha contra las ficciones marxistas, las mentiras religiosas y las ilusiones dictatoriales.

El campo social es un campo de batalla. Se pelea con razones y con puños. Nos condenaríamos a la pasividad y a la impotencia si, por un falso sentimentalismo, nos negáramos a participar en la lucha que tiene por escenario, al movimiento obrero, que es la base más firme de los pregoneros de los nuevos y de los viejos despotismos jurídicos y económicos. Los anarquistas debemos, pues, establecer en los Sindicatos nuestro centro de influencia para la propaganda, rechazando

camaradas italianos hubieran continuado, como en España, la senda abierta por la vieja Internacional, habría habido mayores probabilidades de obstaculizar la aparición del socialismo autoritario, que hoy es muy superior en fuerza a nuestro movimiento en ese país.

Tenemos dos países típicos en apoyo de nuestra tesis de la armonía del anarquismo con el movimiento de las grandes masas, dos países en que nuestras ideas tuvieron siempre más influencia sobre el proletariado revolucionario que cualquier otra doctrina: España y Argentina. En estos países se consideró tradicionalmente el anarquismo, menos como una filosofía que como un movimiento de masas tendiente a la destrucción del Estado y del capitalismo. En España y en la Argentina el socialismo autoritario no pudo competir jamás con el anarquismo, porque si es cierto que no abundaron los grandes filósofos y pensadores anarquistas, se comprendió desde el principio que la raíz del anarquismo estaba en el mundo del trabajo y se fue consecuente con esa convicción, no abandonando ni por un momento la base natural de acción libertaria a las ambiciones de los adversarios de la libertad.

Es preciso reconocer a Malatesta los esfuerzos realizados para que los anarquistas no perdieran el contacto con las masas obreras, pero también es cierto que sus esfuerzos, en la forma que los ha aplicado, tenían que ser por fuerza inútiles, en primer lugar por considerar el proletariado como un todo susceptible de ser influenciado por nuestras ideas, pero no de aceptarlas como suyas. En una palabra, Malatesta, que confiesa que el anarquismo no es ningún descubrimiento de filósofos, sino un sentimiento natural de los sedientos de justicia y hambrientos de pan, no llega a desprenderse de un cierto temor a poner en manos del proletariado revolucionario la suerte de nuestras ideas y prefiere conservarlas en una minoría de "iniciados". Su aspiración a no perder el contacto con las masas, indica ya que ese contacto se pierde muy fácilmente en la forma que él entiende la propaganda del anarquismo. Para nosotros, que formamos parte de las masas y que por las bases que damos a nuestras organizaciones de propaganda y de lucha no podemos menos que actuar en el ambiente de las grandes masas explotadas oprimidas, no existe la preocupación de Malatesta, por la sencilla razón de que en lugar de esforzarnos por entrar en contacto con el pueblo que trabaja y que piensa, nos esforzamos por no separarnos de él en tanto que defensores y propagadores de un credo

político o social, pues entendemos que ese supuesto credo pertenece a las grandes masas y no a las minorías de filósofos o de pensadores.

Sigamos cronológicamente algunas afirmaciones de Malatesta.

En el congreso de la primera Internacional celebrado en Berna en octubre de 1876, pronunció Malatesta un discurso que armoniza perfectamente con la idea de que el anarquismo no es ninguna secta de filósofos o de revolucionarios políticos guiados por un decálogo social; refiriéndose a la organización social futura, decía: *"Si quisiéramos prescribir líneas a la revolución, se caería en el socialismo artificial, anticientífico, socialismo de gabinete de los siglos pasados; y nosotros combatiremos como reaccionaria esta tendencia"*(de Il Martello de Fabriano, citado por Luigi Fabbri).

Ese punto de vista sobre la legislación previa del porvenir, que aceptamos nosotros, nos parece corresponder a la esencia íntima del anarquismo y todo desconocimiento de su contenido implicaría la transformación del movimiento social anarquista en un movimiento político o sectario.

En el congreso anarquista de Amsterdam de 1907, Malatesta, aprovechando la oportunidad de la defensa del sindicalismo hecha por el entonces anarquista Monatte, ha sabido resistir perfectamente la nueva doctrina y en esa tendencia no podemos menos de estar a su lado. Reconoce que es un error la concepción absoluta de los intereses proletarios frente a la burguesía, *"porque hay luchas de intereses hasta entre algunas categorías de obreros y alguna vez sucede que los intereses de una categoría están más cerca de los intereses de una dada categoría de patronos que de otra categoría de obreros"*. Efectivamente, en el terreno de los intereses momentáneos en que quiere colocarse el sindicalismo, la pretendida unidad de clase no deja de estar en contradicción diaria con los hechos reales. Pero si Malatesta considera que en los intereses momentáneos y particulares, la unidad de clase es un mito, admite esa unidad sólo en vista de la transformación completa de la sociedad. Según nuestra manera de ver, la tan decantada unidad es igualmente una ilusión, tanto con respecto al porvenir como con respecto al presente. Para que la unidad proletaria se establezca sobre la base de la anarquía, debe ser la anarquía ya una realidad, y en ese caso la unidad que se establecerá será humana, no la de una sola clase. Nosotros entendemos que la revolución que va más allá de todas las

Llegamos, por lógica consecuencia, a esta conclusión: los anarquistas no pueden sustraerse a la lucha contra el capitalismo ni deben ser en los Sindicatos elementos pasivos que siguen a remolque de los acontecimientos. Necesitan crearse, en el movimiento obrero, su esfera de influencia para que los Sindicatos —al menos en aquella parte del proletariado que acepta nuestros principios libertarios y está en oposición a los partidos políticos— sea un movimiento revolucionario definidamente anarquista.

Para llegar a esta necesaria y urgente conclusión es necesario que los anarquistas rechacen ese tradicional prejuicio unitario, que sólo favorece a los elementos reformistas, a los aspirantes a diputados y a los profesionales del funcionarismo sindical. El Sindicato es un medio de acción y su finalidad revolucionaria debe ser el comunismo anárquico. Y nunca, ni aún en nombre de una ficticia unidad de clase, deben ser sacrificados los principios a los medios: la concepción revolucionaria al instrumento que empleamos para ejercitar al proletariado en la lucha contra las instituciones imperantes.

* * *

Al calor de las luchas obreras y amparándose en las palabras de orden del socialismo, una nueva burguesía cimenta su poder sobre el despojo de la vieja burguesía y un Estado seudo obrero reclama la legitimidad del Gobierno, que usurparon hasta ahora las castas superiores... Si el panorama social es hoy, casi el mismo de hace medio siglo, ¿cómo es posible que mantengamos la creencia de que la revolución puede venir por el empleo de métodos que consagró una época ya pasada?

He ahí la necesidad de una rectificación, no en las teorías anarquistas, en los sentimientos y en la ética del anarquismo, sino pura y exclusivamente en la norma de conducta de los militantes. Son los métodos de lucha los que debemos cambiar. Y ese no es un problema de revisión; es la obligada consecuencia de nuestras acciones como partícipes en la lucha de la libertad contra la tiranía.

Nosotros hemos abogado siempre, y principalmente en estos últimos años de confusión y de duda por que los anarquistas dieran una interpretación adecuada al movimiento revolucionario. Sin desconocer el

esas teorías y están encadenadas al proceso evolutivo del mundo, que sólo se explica teniendo en cuenta el progreso moral e intelectual de los pueblos.

El temor a llevar el anarquismo a los gremios obreros fue siempre la causa de nuestra impotencia como minoría revolucionaria. Mientras los anarquistas renunciaban a la propaganda doctrinaria en los Sindicatos y deponían su intransigencia en holocausto a una ficticia unión de clase, los políticos marxistas se infiltraban en las organizaciones proletarias y modelaban según su ideología autoritaria la mentalidad del proletariado. Y sólo; así se explica que el sindicalismo, a pesar de su aparente independencia y de sus declaraciones revolucionarias, haya desarrollado una acción puramente económica concordante con el reformismo de los políticos marxistas.

* * *

Los acontecimientos de estos últimos años —la guerra, que no evitaron los millones de obreros organizados en las centrales sindicales de Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, Estados Unidos; la revolución rusa, que la hizo el proletariado, pero de la que se aprovechó una minoría audaz— son hechos lo suficiente elocuentes para destruir esa creencia en el valor subversivo de las masas sometidas a una dirección única y a la disciplina de los jefes sindicales.

El prejuicio unitarista, ese temor de escindir organizaciones incapaces de moverse por impulsos espontáneos de energía revolucionaria, es, a nuestro juicio, el que impide a los anarquistas desarrollar su acción en el seno del proletariado. La crítica al reformismo, mantenida en los Sindicatos sometidos a la "disciplina sindical", no logra destruir el poder dictatorial de la burocracia sindicalista. Al que se opone a las resoluciones de los jefes, al que combate los errores de táctica o pone en descubierto las maniobras de los ambiciosos se le anula fácilmente se le pone por delante el "código sindical", los estatutos que legislan deberes para la masa y derechos para los directores, se le acusa de divisionista o de agente de la burguesía y la masa levanta la mano y sanciona la excomunión del descontento.

clases puede ser defendida perfectamente por una fracción proletaria, mucho mejor que por una secta revolucionaria, y si bien estamos conformes con el completo rechazo de la ideología sindicalista, consideramos que las organizaciones sindicales, que se producen espontáneamente en el sistema capitalista, pueden aceptar íntegramente la anarquía y guiar sus lucha por ese ideal; aspiramos a llevar nuestro convencimiento a todos los trabajadores, a todos los seres humanos y para ese fin aceptamos el medio obrero apropiado, que es naturalmente una minoría y lo será dentro de la sociedad actual. La historia nos pone ante el hecho cumplido de infinitas tendencias dentro del proletariado y de la burguesía y misma imposibilidad existe para llevar al convencimiento de todos los trabajadores que su interés esta en la revolución social libertaria e igualitaria, que para llevar a la humanidad entera a la misma comprensión. Por eso aceptamos las fuerzas afines y actuamos con ellas, sin forjarnos el dogma; de una unidad de clase cualquiera. Malatesta, contenido por la tradición de los proletarios como entes adversarios naturales de los burgueses, aunque advierta la debilidad de esa tradición, en lugar de formar en el ambiente obrero, que reconoce un fenómeno universal, una fuerza afín, en contacto con todo el resto del proletariado, parece preferir la formación de un partido de propagandistas; ahí está nuestra disidencia. Según él, *"las fuerzas obreras minoritarias organizadas, no pueden aceptar el anarquismo, no pueden ser anarquistas y nosotros no debemos pretender tampoco que lo sean"* ("Pensiero e Volontá" Año II Nro. 6, Roma). En ese sentido se ha expresado últimamente estimulado por nuestras objeciones; parte de dos ideas falsas: que la organización obrera responde únicamente a la lucha por mejores condiciones de vida en la sociedad actual y que el sindicato es algo independiente de nuestro movimiento. Frente a esas concepciones hemos sostenido nosotros; que, la organización obrera no debe considerarse como algo uniforme, pues sirve para todos los fines a que se la destine, lo mismo para la revolución que para la reacción, y en segundo lugar admitimos que el sindicato puede ser uno de los órganos más legítimos del movimiento anarquista, porque no rompe con la idea sostenida también por Malatesta del origen espontáneo y popular de nuestros ideales.

Aceptamos cuantas críticas se hagan al sindicalismo como "doctrina" y no perdemos de vista las desviaciones reformistas que pueden alentarse fácilmente en los grandes organismos obreros; pero ante los

peligros reformistas de los grandes sindicatos y las desviaciones stirnerianas de los grupos de afinidad, no sabremos decidirnos.

* * *

Al referirnos a nuestra disidencia frente a Malatesta en este punto de la organización obrera, entramos en un terreno sumamente delicado, por que, aparte de las afirmaciones circunstanciales que no pueden considerarse aquí como componentes de su doctrina, hallamos puntos de vista que en teoría corresponden exactamente a los nuestros. Cuando advertimos claramente la divergencia es cuando exponemos nuestra tesis del *movimiento sindical anarquista*, y cuando refutamos la *unidad del proletariado*; Malatesta nos responde que lo primero no es posible (nosotros recordamos en contra la Internacional italiana de que Malatesta fue uno de los fundadores) y que lo segundo debe ser respetado. Ahora bien, si nos cerramos la posibilidad de actuar en el mundo del trabajo como fuerza autónoma, contentándonos con monopolizar el movimiento anarquista en los pequeños grupos de propaganda nuestro porvenir nada tiene de prometedor.

Malatesta mismo ha escrito lo siguiente: *"No nos basta —aunque eso es ciertamente útil y necesario— elaborar un ideal lo más perfecto posible, y formar grupos para la propaganda y de acción revolucionaria. Debemos convertir a nuestro ideal la gran masa de los trabajadores porque, sin ella, no podemos ni derribar la sociedad existente ni construir una nueva. Y puesto que para que la gran masa de los proletarios se levante del estado de sumisión en que vegeta y llegue a la concepción del anarquismo y al deseo de realizarlo, es preciso una evolución que no se opera únicamente bajo la influencia de la propaganda; puesto que las lecciones que se derivan de los hechos de la vida cotidiana son mucho más eficaces que todos los discursos doctrinarios debemos tomar absolutamente una parte activa en la vida de las masas, y emplear todos los medios que las circunstancias nos permiten para despertar gradualmente el espíritu de revuelta y mostrar a la masa con ayuda de los hechos el camino que conduce a la emancipación"*. ("Freedom", noviembre de 1907, Londres).

Para eso, indudablemente, el mejor medio es el movimiento sindical; Malatesta mismo lo reconoce.

explotados y explotadores, el sindicalismo constituiría el mejor elemento de defensa para la clase trabajadora y el medio natural y permanente para su conservación como clase. Pero el problema económico, pese a su importancia actual, es correlativo al desarrollo del capitalismo e interpreta un sólo aspecto del problema humano. ¿Qué solución puede ofrecernos el sindicalismo, aun después de expropiada la actual casta parasitaria? Se considera el legítimo heredero del régimen que aspira a vencer y basa su futura resistencia en la continuación del sistema económico que le dio vida y le facilitó todas sus armas de lucha.

El proletariado, si bien puede ser considerado como una clase económicamente bien determinada, aparece en el escenario social como un conjunto heterogéneo de individualidades y de grupos pensantes, con ideas y aspiraciones divergentes. —Hablamos, naturalmente, del proletariado militante, porque la masa de esclavos que aceptan resignados el yugo capitalista y desempeña funciones pasivas en todos los órdenes de la actividad no juegan ningún papel histórico ni, mucho menos, contribuyen al aceleramiento del proceso de descomposición del régimen capitalista—. ¿Cómo, pues, puede el sindicalismo constituir por sí mismo una doctrina revolucionaria, si, en realidad, sólo es el exponente de necesidades económicas e interpreta pura y exclusivamente intereses materiales de la clase obrera? Para nosotros, la organización del proletariado es una necesidad resultante de sus condiciones económicas. Pero ese imperativo no interpreta el problema social ni puede tampoco solucionarlo radical y racionalmente. De ahí la necesidad de no eludir las orientaciones ideológicas de los sindicatos obreros, para que representen de echo funciones emancipadoras en el presente y sus componentes sean en el futuro la fuerza consciente que destruya el régimen de la explotación económica y de la servidumbre moral que pesa sobre el cuerpo y el espíritu de la humanidad envilecida y atormentada.

No se crea que esta aspiración está fuera de la realidad y de la naturaleza de las organizaciones proletarias. El alegato de los sindicalistas puros respecto a la independencia política e ideológica de los Sindicatos obreros no interpreta la verdadera situación del proletariado militante. Las organizaciones obreras no pueden eludir la influencia de las diversas teorías sociales que tienen su campo de acción en la masa explotada, porque, en realidad, se compenetran con

encuentren frente a la realidad de una revolución triunfante, ¿acaso conservan por ello "su unidad de clase"? ¿No surge de inmediato el problema ideológico, determinando el choque entre los partidarios de las diferentes teorías de reconstrucción social?

La organización del trabajo, aparte de sus objetivos económicos inmediatos —defensa del salario y lucha contra las reacciones capitalistas—, es la síntesis, en sus variados aspectos y en sus múltiples actividades, de los principios políticos e ideológicos que llevan al terreno de la lucha social sus lógicos e inevitables antagonismos. Los anarquistas no queremos evitar ese choque de opiniones; queremos, sí, crear un medio propio de influencia en el movimiento obrero, una tendencia sindical que sea la viva representación de nuestras ideas y el arma de lucha para combatir, no sólo al capitalismo y al Estado contemporáneos, sino también a los capitalismos y Estados en embrión: la teoría marxista y sus diversas manifestaciones autoritarias, tanto en el terreno de la política electoral como en el campo sindical.

No se puede decir que no exponemos claramente lo que opinamos respecto al sindicalismo. ¿Que hay compañeros que no opinan así? Con razones y no con palos se ha de conquistar el mundo... Y esas razones es necesario exponerlas, para que nos entendamos, si es posible llegar al entendimiento sobre cuestiones que posiblemente nos coloquen a distancias imposibles de ser ganadas de un zancazo.

* * *

No pocos compañeros sostienen la necesidad de mantener las organizaciones obreras libres de toda influencia política o ideológica. Parten del supuesto —grave error que los hechos se encargan de rectificar constantemente— que el Sindicato representa por sí mismo un propósito revolucionario, capaz de contener los principios doctrinarios más opuestos y de establecer una línea general de conducta a los trabajadores, en la realización de sus conflictos económicos, eludiendo el antagonismo de las diversas tendencias que se manifiestan en el seno de los órganos de resistencia al capitalismo.

Si la cuestión social estuviera reducida a ese litigio económico, a esa puja de salarios y reducción de la jornada de trabajo y a ese choque de

¿Por qué pues no aceptar la formación de un movimiento sindical propio, con el programa del anarquismo, compuesto por anarquistas y simpatizantes que demostrarán prácticamente al resto de los trabajadores, con quienes conviven diariamente en la vida productiva, los métodos más eficaces de lucha y el verdadero fin de todos nuestros esfuerzos?

Malatesta nombra todos los defectos del sindicalismo, que quiere confundir con movimiento sindical, cosa que nosotros no hacemos porque si rechazamos la doctrina sindicalista eso no quiere decir que rechazamos el movimiento obrero. Indica el peligro de aceptar puestos en los sindicatos, la desviación del funcionarismo, etc., peligros que el movimiento sindical anarquista de la Argentina no ha conocido nunca y que en cambio se perciben en organizaciones específicas anarquistas de Europa.

Como según él, el sindicato está abierto a todos los obreros, no puede admitir oficialmente una determinada doctrina. *"Los anarquistas — escribe en "Pensiero e Volontá"— deberían luchar en los sindicatos porque permanezcan abiertos a todos los trabajadores de cualquier opinión y de cualquier partido con la sola condición de la solidaridad en la lucha contra los patrones"*. Si el sindicato no fuera fundado más que para eso y sobre esas bases, su valor revolucionario sería equivalente a cero. En la realidad no existen tales sindicatos abiertos a todos los obreros de todas las tendencias en ningún país; aunque se proclamen políticamente neutrales no por eso están enfeudados menos a un partido o a un sistema de ideas y de tácticas predominantes, llámesele como se quiera. En la realidad, que Malatesta no tiene derecho a desconocer, tampoco les está permitido a los anarquistas hacer propaganda de sus ideas en el movimiento sindical enajenado a otras tendencias reformistas o revolucionarias.

Si dejamos las teorías a un lado y estudiamos las posibilidades de acción en el mundo del trabajo, tenemos que deducir estas conclusiones: O bien nos creamos en el proletariado una fuerza organizada afín, o bien debemos despedirnos de ejercer una influencia cualquiera en el movimiento sindical. No existe otra salida.

En cuanto a que los sindicatos deben permanecer abiertos a todos los obreros en tanto que obreros, es una opinión que no podemos compartir; el mismo Malatesta reconoce que en ciertas categorías de

oficio se siente más afinidad de intereses con el capitalismo que con el proletariado; y si un sindicato es fundado sobre una base revolucionaria, ingresarán en el los que reconozcan la orientación admitida, o simpaticen con ella. El sindicato está abierto para todos los hombres sin distinción de nacionalidad, de color, de edad; pero abierto para todas las tendencias, es cuestión discutible. Si en la teoría se admite por algunos semejante punto de vista, en la práctica prevalece el sindicato *con una orientación*, reformista o revolucionaria, que excluye el predominio, o la propaganda de otras tendencias.

* * *

De las ideas de Malatesta se deduce lógicamente una concepción política o filosófica del anarquismo y en última instancia surge la organización específica del anarquismo que quiere hacer de nuestro movimiento un partido de propagandistas de un nuevo credo, en lugar de conservarle por su integración en las aspiraciones de los explotados y oprimidos su carácter originario de movimiento social característico de un período de desenvolvimiento humano. El anarquismo político se priva por una parte de alimentarse en la fuente principal de nuestro movimiento, que son las masas rebeldes a la autoridad y a la explotación, por otra, se condena a una impotencia que se revela en toda su magnitud cuando carece de personalidades famosas en el ambiente popular. Frente a ese anarquismo filosófico o político presentamos nuestra concepción y nuestra realidad de movimiento social anarquista, vastas agrupaciones de masas que no eluden ningún problema del anarquismo filosófico y que toman al hombre tal cuál es, no sólo como adepto de una idea, sino como miembro de una fracción humana, explotada y oprimida.

Para crear un movimiento sindical concordante con nuestras ideas —el movimiento obrero anarquista— no es necesario “embutir” en el cerebro de los obreros ideas que no conciben o contra las que guardan rutinarias prevenciones. La cuestión es otra. Nosotros, en oposición al concepto marxista de que la clase obrera, en razón a sus intereses económicos, forma en sí misma una entidad social homogénea, sostenemos que el proletariado es, como fuerza revolucionaria, lo que ideológicamente representa y lo que moralmente vale. El movimiento

social contemporáneo, pese al factor económico, se inspira en principios ideológicos y es, por lo que realiza y por lo que esboza teóricamente, la viva representación de los antagonismos que diariamente se suscitan en el campo de las ideas. Lejos, pues, de eludir esa cuestión capital, los anarquistas debemos contribuir a ese proceso de diferenciación que va creando un verdadero carácter a las luchas económicas. ¿Que así contribuimos a dividir, más de lo que está, a la clase trabajadora? Sí; pero en esa división está la vitalidad del movimiento revolucionario que no puede ser un movimiento de fuerzas disciplinadas, de ejércitos sometidos a la voz de mando de los jefes, de rebaños humanos que aportan a la lucha su fuerza pasiva y los imperativos de su instinto. Los anarquistas debemos crear un instrumento de acción que nos permita ser una fuerza actuante y beligerante en las luchas por la conquista del futuro. El movimiento sindical puede llenar esa alta misión histórica, pero a condición de que se inspire en las ideas anarquistas. ¿Que esto es demostrar una excesiva intolerancia y hasta un propósito dictatorial? Descartado el hecho de que nosotros pretendamos imponer a todo el proletariado nuestras concepciones —y para ello tendríamos que apelar a la disciplina y descender al campo de los litigios puramente económicos— no hay en nuestros propósitos nada que atente a la independencia de las demás fracciones políticas o ideológicas que desarrollan sus actividades en el campo obrero.

Hemos dicho y repetido que no vemos en el proletariado una clase social subordinada enteramente a sus necesidades económicas y en consecuencia, consciente de su inferioridad como clase y dispuesta a reivindicar sus derechos. Aun existiendo en una parte del proletariado esa “conciencia de clase”, únicamente sirve como elemento de juicio para combatir a la burguesía, para inmediatas reivindicaciones económicas, quedando todo el problema social subordinado a las diversas interpretaciones ideológicas. El odio común al burgués y las comunes necesidades del asalariado pueden determinar, en un momento dado esa “unidad de clase”. Pero en cuanto se pone en el tapete el problema social, surgen los antagonismos y sobreviene la división. ¿Cómo armonizar en una huelga a los que sostienen la necesidad de someter sus exigencias a un tribunal arbitral y los que se oponen a toda medida de conciliación basando su triunfo en la acción directa y revolucionaria? Y en el supuesto de que los trabajadores se